

mecanismo válido que no niega en absoluto la capacidad creativa de quienes recurren a ella. Aunque la identificación de los motivos folclóricos suelen hacernos creer, como le ocurrió a Cervantes, que los libros de caballerías son en pocas palabras, la misma cosa, vale la pena dirigirles la mirada con más rigor y notar que en ellos se incluyen también importantes variaciones. Sales Dasí trata este asunto desde la perspectiva del autor en las continuaciones ortodoxas del *Amadís de Gaula* y de las *Sergas* que introdujeron en sus escritos autores como Feliciano de Silva y Pedro de Luján. La parte que aquí se destaca es la que habla de los encuentros amorosos, los cuales manejan distintos perfiles: el ideal, el ilícito, incluso, el imaginario. La imitación es vista por Sales Dasí como un mecanismo fructífero que actúa en beneficio de las obras canónicas: a pesar de que la repetición de los modelos originales puede causarles una reducción, una simplificación o un cambio, no debe olvidarse que ese mismo manejo constante de los patrones en varios relatos durante décadas, revela el arraigo de los motivos y su capacidad de instaurarse sólidamente en la memoria colectiva de todos aquellos que, como don Quijote, se deleitaron con las aventuras narradas en los libros caballerescos.

En conclusión, *De la literatura caballerisca al Quijote* es una obra de gran utilidad en el ámbito académico e investigativo. La variedad de temas que en ella se abordan la hacen atractiva, más aún, cuando se logra identificar el vínculo que Juan Manuel Cacho Blecua tuvo en cuenta a la hora de realizar su selección de ensayos. Puede ocurrir que el desconocimiento del contenido de los libros citados provoque cierta confusión en el lector, no obstante, las exposiciones son desarrolladas con la claridad necesaria para que se cumpla a cabalidad su labor informativa.

Se espera que esta nueva bibliografía sobre literatura caballerisca castellana puesta a disposición del público sirva de incentivo a quienes no se familiarizan aún con este maravilloso universo y del mismo modo, a aquellos que felizmente ya se encuentran cautivos en él. El objetivo fundamental es hacer que la labor investigativa, labor inagotable, se amplíe y se consolide ahora más que nunca y traspase a su vez, las fronteras de la tierra que fue testigo del florecimiento de aquellas inolvidables historias.

Liany Muñoz Álvarez
Universidad de Antioquia

Laverde Ospina, Alfredo. *Tradición literaria colombiana. Dos tendencias. Una lectura de Isaacs, Silva, García Márquez y Mutis*. Medellín: Universidad de Antioquia, Colección Narrativa / Teoría, 2008, 275 págs.

En el 2008 la editorial Universidad de Antioquia publica *Tradición literaria colombiana. Dos tendencias*, un trabajo de investigación realizado por Alfredo Laverde Ospina, magíster en Literatura Hispanoamericana del Seminario Andrés Bello (Instituto Caro y Cuervo), Doctor en Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Sao Paulo (Brasil) y profesor de Literatura colombiana e hispanoamericana de la Universidad de Antioquia. Este libro forma parte del proyecto "Historia nueva de la literatura colombiana" del grupo de investigación *Colombia: tradiciones de la palabra* de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia. El contenido del libro está dividido en cuatro partes centradas en dos escritores del siglo XIX y dos del XX: "La tensión entre la nostalgia del pasado y la vitalidad del presente en *María*, de Jorge Isaacs"; "José Asunción Silva como nomoteta de la literatura colombiana"; "La novela social de Gabriel García Márquez: de lo íntimo a lo universal"; y "La estirpe de los desesperanzados como arquetipo del hombre auténtico en Álvaro Mutis". Antes de exponer su propuesta, Alfredo Laverde hace referencia en su introducción al juicio que Octavio Paz desarrolla en su colección de ensayos *Corriente alterna* (1978), en donde sostiene que la crítica es "uno de los puntos débiles de la literatura hispanoamericana", esto se debe a que carece de bases teóricas que "al desplegarse, se constituyan en un espacio intelectual desde el cual se establezca un diálogo entre las obras existentes en términos de continuidad y ruptura" (2008: p. 11). Esta falencia se manifiesta en la necesidad de asumir la obra literaria como un elemento aislado de los demás, como una manifestación nacida

de la nada y por ende, separada de la tradición que la precedió. Según Octavio Paz, la verdadera crítica debe filtrar, transmutar y ordenar, debe partir de las asociaciones y para ello tiene que delimitar, describir y relacionar (1978: p. 39-40). Lo que aquí se está solicitando es un estudio sistemático de las obras literarias en el cual se reconozcan sus diferencias y sus afinidades, y muy especialmente, las relaciones que existen entre las creaciones del pasado y las del presente.

Alfredo Laverde atiende al juicio de Octavio Paz, mas no lo hace completamente. Su interés se centra en la elaboración de una lectura que destaque la presencia de la modernidad en las obras literarias del siglo XIX y a su vez tenga como parámetros las creaciones del siglo XX. Para cumplir con su propósito escoge cuatro autores representativos de la literatura colombiana que incluyeron en sus obras elementos históricos y políticos observables en la gran mayoría de los países hispanoamericanos. Además de elegir obras que son valoradas en todo el continente, Laverde también toma en cuenta los aportes de escritores que tratan el mismo arte y la misma época en sus análisis críticos y sus creaciones literarias, como Julio Cortázar y Octavio Paz.

En *Tradición literaria colombiana. Dos tendencias* se estudian las novelas *María* (1867) de Jorge Isaacs, *De sobremesa* (1896) de José Asunción Silva, *La hojarasca* (1955) y *El coronel no tiene quien le escriba* (1958) de Gabriel García Márquez y *La nieve del almirante* (1986) y *Un bel morir* de Álvaro Mutis. La elección de estos escritos "obedece a la necesidad de establecer una forma de continuidad y oposición con el pasado remoto y heroico de la literatura colombiana (2008:16). La lectura de estas obras da lugar a la hipótesis de que las obras del siglo XIX pueden ser leídas a partir de las obras del siglo XX; esta idea se clarifica cuando Laverde propone la tesis de que toda obra literaria presenta una referencia tácita a distintas realizaciones artísticas que antecedieron la concepción estética que presenta, efectuándose de este modo, una lectura que busca tanto rescatarlas del olvido como presentarlas como "legitimadoras del carácter estético que pretende poseer la obra que las contiene" (222). Lo moderno ya no es necesariamente una construcción que parte de la nada sino una tradición edificada a partir de las discontinuidades y las rupturas del presente con el pasado inmediato (224). Aunque en su trabajo no asume estrictamente la literatura colombiana como un sistema, Laverde advierte la presencia de constantes en las manifestaciones literarias colombianas e hispanoamericanas. Dichas constantes son: los temas, las técnicas narrativas, las concepciones estéticas y en menor medida, las posiciones ideológicas (estas dos últimas son fundamentales a la hora de definir las semejanzas y las diferencias que puedan tener las novelas citadas).

El primer capítulo, "La tensión entre la nostalgia del pasado y la vitalidad del presente en *María*, de Jorge Isaacs", se divide en ocho apartados que abordan temas determinantes como la estética y la política, la renovación estética y el proyecto de nación, el liberalismo y la logia masónica, el idilio y la fatalidad, la escritura (asumida como una forma de fatalidad), la reescritura autobiográfica o ficción autobiográfica y

el pasado absoluto cancelado y el presente histórico. En su contextualización histórica Laverde señala que, durante los primeros años de la Independencia, las labores intelectuales hispanoamericanas estuvieron supeditadas a las contiendas políticas, luchas que sostenían grupos heterogéneos que defendían diversas posturas políticas e ideológicas que, entre otras cosas, no estaban bien definidas pero desembocaban en un único proyecto, el de precisar los conceptos de *nación* y *nacionalidad*; dichos conceptos asumieron la historia como una sucesión de causas y efectos, esto les permitió concretizarse. En la época en la que se publicó la novela *María* de Jorge Isaacs (1867), el Estado colombiano experimentaba una transformación en el ámbito político y económico que tuvo lugar gracias al triunfo del liberalismo extremo y la promulgación de la Constitución de Rionegro en 1863. Para esta época la lucha se daba no solo entre los dos grandes partidos políticos, el liberal y el conservador, sino entre las dos líneas del liberalismo, el moderado (draconiano) y el extremo (gólgota). Con el triunfo de este último, se estableció la unión de los estados soberanos en los Estados Unidos de Colombia. En el ámbito literario, los cultivadores de la novela histórica evidenciaron la necesidad de promover la nacionalidad; no obstante, aún se veían afectados por la censura. La división política también se reflejó en la literatura: mientras la línea conservadora optó por el cultivo de novelas en las que se reconstruía el periodo colonial "para demostrar que el presente provenía de una serie de etapas que poseían legitimidad" (27), los liberales abordaron el pasado precolombino y con él sustentaron su idea de nacionalidad. Pese a todos los proyectos de crear una novela que representara el nacionalismo, fue *María* la novela que mejor supo conciliar las ideologías políticas del momento y por ello se llevó los codiciados títulos de "novela nacional" y "novela fundacional colombiana". En este apartado Alfredo Laverde hace énfasis en la concepción dicotómica de la realidad y la reescritura autobiográfica en *María* "como forma compositiva que encierra una importancia radical, no sólo en términos de la recepción que obtuvo en todo el continente americano, sino de lo que representó, estética e ideológicamente, en su momento" (17).

El segundo capítulo, "José Asunción Silva como nomoteta de la literatura colombiana", está integrado por seis partes tituladas: "Más allá de la política y más cerca de sí mismo", "Periodismo y polémicas literarias", "La radiografía del intelectual hispanoamericano", "Entre la ubicuidad social y la objetivación del ser", "La crisis de la palabra y la artificiosidad de la expresión" y "La escritura en *De sobremesa*". En su obra *De sobremesa* (1925), José Asunción Silva presenta algunas de las características del artista hispanoamericano, como la preocupación política, la desorientación profesional y la ubicuidad social, empleando como recurso narrativo el diario íntimo y su retórica, involucrando de este modo al lector, el cual "es testigo del acto creativo [y a la vez] debe adoptar una posición crítica ante el resultado de la escritura que se enmarca en otra escritura" (108). En este apartado, Alfredo Laverde habla de la ironía como una de las características fundamentales de *De sobremesa*, hecho que vincula a

la novela con la concepción modernista que se aleja de la *mimesis* clásica y promueve la innovación y la originalidad en todas las manifestaciones artísticas. En Silva es posible identificar la ruptura con la naciente tradición literaria colombiana y con la literatura española y al mismo tiempo, la asimilación de tradiciones extranjeras que le permitieron conquistar una nueva forma de expresión que ya no estaba al servicio del contenido sino que era en sí misma el objeto de reflexión (105).

Un tercer capítulo aborda el tema de la novela social en Gabriel García Márquez y propone las lecturas de las novelas *La hojarasca* (1955) y *El coronel no tiene quien le escriba* (1958). Laverde abre este apartado con una breve reseña histórica en la que se señala el origen y la razón de ser de la novela social y su relación con la novela de la violencia. El proceso de modernización que experimentó la nación colombiana, impulsado por la indemnización de los Estados Unidos la pérdida de Panamá, la creciente industrialización, el progreso de la exportación del café, la inversión de capital norteamericano, entre otros factores, favoreció el crecimiento de la economía nacional y provocó la movilización masiva de campesinos hacia las ciudades, mismas que aún eran concebidas como aldeas en proceso de transformarse en verdaderas metrópolis. Pero este progreso no fue gratuito, una serie de abusos cometidos en contra del proletariado generaron una serie de protestas antiimperialistas y defensoras de los derechos de los obreros consignados en la Constitución de 1886. Las medidas opresoras que surgieron como respuesta vigorizaron la agitación social, la cual se prolongó y alcanzó su punto álgido en 1928 con la "masacre de las bananeras", ocurrida en la población Ciénaga, Magdalena, en el mes de diciembre.

Los escritores e intelectuales colombianos no fueron ajenos a la dura situación de los grupos marginados y manifestaron su indignación con las primeras muestras de la denominada novela social, derivada del naturalismo pero inclinada hacia la experimentación vanguardista. Según Alfredo Laverde, novelas como *Rosalba* (1924) de Arturo Suárez y *La vorágine* (1927) de José Eustasio Rivera representan el afán de los escritores de la época por encontrar un lugar dentro de la sociedad (118). Un compromiso similar se observa en la novela de la violencia de la década del cincuenta, la cual estaba regida por los parámetros estéticos del realismo y a su vez, permanecía al servicio de la Internacional Socialista. Un inusitado afán por registrar los atropellos cometidos en contra del pueblo llevó a ciertos escritores (muy improvisados, por cierto) a publicar gran cantidad de novelas que carecían de valor estético. Gabriel García Márquez lideró el grupo de escritores que buscaron universalizar las problemáticas nacionales y al mismo tiempo, desarrollar nuevas técnicas narrativas que favorecieran la comprensión del fenómeno de la violencia en Colombia (18). En este período la novela de la violencia estaba ya muy debilitada y se requería con urgencia la aparición de "una novela que no se hubiera escrito". Tanto *La hojarasca* como *El coronel no tiene quien le escriba* surgieron como respuesta a esta petición y se constituyeron como "verdaderas diatribas al realismo socialista" que sostenía

que el arte nacido en sociedades económicamente dependientes debía "centrarse en la denuncia de los desmanes del poder y la radicalización de los intelectuales en la revolución social" (18).

El último capítulo de *Tradición literaria colombiana. Dos tendencias* se dedica a la lectura de *La nieve del almirante* (1986) y *Un bel morir* (1989) y lleva por título "La estirpe de los desesperanzados como arquetipo del hombre auténtico en Álvaro Mutis". Aquí se desarrollan temas como la irrupción de Mutis en la novela colombiana, misma que fue significativa porque llevó a los críticos a caracterizar su poesía (escrita en forma narrativa) y su prosa (asumida como poética). Según Laverde, ni una ni otra se oponen, ya que las novelas de Mutis no están separadas ni estilística ni temáticamente de las obras [poéticas] que las antecedieron (169). En este apartado también se habla acerca de la tradición de la poesía colombiana, más específicamente del grupo Los Nuevos, fundado en 1924, y del movimiento Piedra y Cielo, nacido en 1939. Álvaro Mutis es ubicado por la crítica dentro de dos generaciones, la primera de ellas es la segunda generación de los llamados *cuadernícolas* y la otra es la de la revista *Mito*. Esta clasificación es rechazada por el autor, quien sostiene que escribe su poesía "al margen de generaciones y escuelas" (174), tampoco acepta la creación de escritos que puedan incluirse dentro de la literatura comprometida porque no considera el localismo como un valor literario, y mucho menos apoya el sometimiento de los estéticos a fines políticos o programáticos (176). En el título de este apartado se alude a "la estirpe de los desesperanzados", una raza de seres humanos que Laverde llama *fatalistas lúcidos* que no se engañan a sí mismos creyendo que pueden cambiar el mundo. Esta es la estirpe de los poetas contemporáneos, los cuales son representados por Maqroll, el personaje principal de *La nieve del almirante* y *Un bel morir*, y sus amigos Iona y Abdul Bashur. En *Un bel morir* son relatados los acontecimientos previos a la muerte de Maqroll; Laverde sostiene que esta novela es la alegoría de la pérdida del paraíso en un entorno donde reina la violencia, referencia que apunta implícitamente a la difícil situación socio-política de Colombia.

En la conclusión de su libro, Alfredo Laverde expone las afinidades y las diferencias temáticas, narrativas, compositivas e ideológicas que existen en cada una de las parejas asumidas como las dos posibles corrientes de la literatura colombiana: la primera es la de García Márquez- Isaacs y la segunda, la de Mutis- Silva. La literatura es entendida aquí como un sistema y es precisamente el papel que le atribuyen los autores referidos, lo que establece sus posibles relaciones: Jorge Isaacs y García Márquez la perciben como "un camino privilegiado hacia el perfeccionamiento del mundo", mientras que la poesía es para José Asunción Silva y Álvaro Mutis "un espacio donde se construye un universo cuyas características rigen la concepción del destino" (229); según ellos, la poesía le permite a quien se le consagra escapar del caos en el que se encuentra inmerso y guiar a los demás hombres por un camino

que no está exento de dificultades. *Tradición literaria colombiana. Dos tendencias* de Alfredo Laverde es un aporte digno de respeto y admiración, ya que su propuesta y el argumento que la sustenta dan cuenta del rigor con que fue elaborado, también de la dedicación y el dominio del tema de la literatura hispanoamericana y más específicamente, de la literatura colombiana que posee el autor. La propuesta es novedosa y sugerente, aunque no hay que negar que puede parecer compleja si el lector aún no cuenta con una formación literaria sólida. Las relaciones que se establecen (Isaacs-García Márquez y Silva-Mutis) pueden resultar sorprendidas, por tanto, exigen un análisis detenido y crítico; el lector interesado en el tema puede utilizar la propuesta de Alfredo Laverde como una motivación para realizar su propia investigación y comprobar hasta qué punto la tradición literaria colombiana puede ser congregada y a la vez separada a partir de dos tendencias en las que se unen autores y perspectivas de dos siglos que generalmente se presentan como opuestos: el siglo XIX (conservador y costumbrista) y el siglo XX (revolucionario y moderno). Como puede verse, Laverde nos presenta un trabajo bastante interesante y transformador.

Liany Muñoz Álvarez
Universidad de Antioquia

que no está exento de dificultades. *Tradición literaria colombiana. Dos tendencias* de Alfredo Laverde es un aporte digno de respeto y admiración, ya que su propuesta y el argumento que la sustenta dan cuenta del rigor con que fue elaborado, también de la dedicación y el dominio del tema de la literatura hispanoamericana y más específicamente, de la literatura colombiana que posee el autor. La propuesta es novedosa y sugerente, aunque no hay que negar que puede parecer compleja si el lector aún no cuenta con una formación literaria sólida. Las relaciones que se establecen (Isaacs-García Márquez y Silva-Mutis) pueden resultar sorprendidas, por tanto, exigen un análisis detenido y crítico; el lector interesado en el tema puede utilizar la propuesta de Alfredo Laverde como una motivación para realizar su propia investigación y comprobar hasta qué punto la tradición literaria colombiana puede ser congregada y a la vez separada a partir de dos tendencias en las que se unen autores y perspectivas de dos siglos que generalmente se presentan como opuestos: el siglo XIX (conservador y costumbrista) y el siglo XX (revolucionario y moderno). Como puede verse, Laverde nos presenta un trabajo bastante interesante y transformador.

Padilla Chasing, Iván Vicente. *El debate de la hispanidad en Colombia en el siglo XIX*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Colección General biblioteca abierta, 361, 2008, 245 págs.

El debate sobre la identidad nacional ha sido un punto álgido de discusión a lo largo de la historia del país; al interior de éste se cuestiona la incidencia de España en la consolidación de la nacionalidad colombiana, en la definición de los caracteres identitarios del ser nacional.

El investigador Iván Vicente Padilla ha desarrollado un trabajo serio y de profundidad en el análisis del pensamiento y producción de José María Vergara y Vergara, principalmente de la *Historia de la literatura en Nueva Granada*. El libro publica tres ponencias que reflexionan sobre el "debate de la hispanidad", una problemática que ocupó los razonamientos del siglo XIX y que se ha extendido hasta nuestros días. A pesar de que los textos se escribieron en momentos distintos, el autor manifiesta que se vinculan respecto al tema citado, complementándolo desde diferentes perspectivas y exponiendo argumentos que convergen en la hipótesis formulada así:

La *Historia* disimula, entre líneas, los aspectos más importantes de aquello que aquí he denominado "el debate de la hispanidad". (...) la intención histórica de Vergara y Vergara está históricamente determinada por los hechos, sobre todo por los debates librados en el momento en el cual redacta el documento, y que por lo tanto trasponen las posiciones que adoptaron los intelectuales de la época frente al legado cultural español. (15)

De esta forma, las tres ponencias se ocupan de exponer de manera analítica cómo la *Historia* presenta tales aspectos, estableciendo relaciones con otros escritos